

hace una "traducción" del lenguaje de su momento histórico y esa "traducción" lleva la huella del lugar en que se hace.

Pero también estoy convencido de que esa huella no se puede determinar o programar, digamos, con el fin de alcanzar una identidad. Si se programa se nota. Se revela el mecanismo y aparece el pastiche. El proceso es genuino

sólo cuando pasa por el subconsciente del artista y se manifiesta entonces en forma misteriosa. Es algo que no se sabe en qué consiste y es precisamente lo que hermana las formas con su lugar; algo que está en la textura, en la densidad, en la proporción o en la tectonicidad de la composición. ◀

[VUELTA NÚM. 178, 1991]

EL ORIGEN DEL MARIACHI

JEAN MEYER



"Ilustrísimo Señor,

Con fecha 26 de abril próximo pasado se sirve V.S.I. pedirme informe circunstanciado sobre los hechos que han ocurrido en este lugar y que han ocasionado diferencias más para con las autoridades de este mi feligresía y de que han instruido queja al Supremo Gobierno del Estado. Las ocurrencias son las siguientes.

Al acabarse los divinos oficios en mi Parroquia en el sábado de gloria encuentro que en la plaza y frente de la misma Iglesia se hallan dos fandangos, una mesa de juego y hombres que a pie y a caballo andan gritando como furiosos en consecuencia del vino que beben y que aquello es ya un desorden muy lamentable: sé que esto es en todos los años en los días solemnísimos de la resurrección del Señor y solo que ya sabemos cuantos crímenes y excesos se cometen en estas diversiones, que generalmente se llaman por estos puntos MARIACHIS,¹ solo nosotros porque lo vemos, lo podemos creer y nos horrorizamos al ver que no hay

autoridades que repriman desórdenes reprobados por la moral y las leyes que nos rigen.

Yo fui luego a la Autoridad local y le supliqué se sirviera impedir estos males, principios de otros muchos mayores y no logré mi deseo pues se me alegó la costumbre y perjuicios que seguirían a los comerciantes interesados en la venta de licores y otras razones de esta clase.

El desorden crecía por momentos yo deseaba en cada instante evitarlo. No accedía la Autoridad y entonces me dirigí al lugar en donde se hallaban los fandangos, pedí los instrumentos y me los dieron, supliqué a los que jugaban naipes que dejaran de hacerlo y se abstubieron y luego también rogué que se levantara del suelo a un infeliz que se hallaba tirado ahogado del vino, y lo levantaron. Todo esto lo hice, Illmo Sr. no con estrépito ni mucho menos abofeteando a alguno como se indica en el informe, pues habría sido temeridad hacer esto un hombre solo en medio de una multitud y poseída del vino en muchas partes.

Después de todo esto el Alcalde

me puso el oficio que original acompaño a V.S.I. el cual me pareció prudente no contestar. Luego el mismo Sór reunió una contribución pecuniaria para traer nuevos músicos que vinieron y formaron un fandango que duró desde el sábado hasta el lunes.

Cuando me ví así burlado por la Autoridad que debía sostenerme en un caso en que solo se trataba de evitar desórdenes y escándalos públicos, toqué las campanas y reunidos que fueron mis feligreses les anuncié que me retiraba al Pueblo de San Juan Bautista que dista de la cabecera de cuatro a cinco leguas, y que ahí auxiliaría a los que lo necesitaran, y así lo verifiqué mientras estube en dicho Pueblo, pues auxilié a la Esposa del Alcalde mismo, a una cuñada suya y a cuantos me procuraron, y solo murieron sin sacramentos la suegra del referido Alcalde porque su muerte fue violenta y no me avisaron y otro de un rancho a quien no alcancé vivo.

Mientras estuve en San Juan, vine a este un Domingo y por la tarde hice la instrucción doctrinal a que estamos obligados los Curas y entre la semana dije misa, resistiéndome solo a hacerlo en día festivo para que entendiesen que el desorden que en tales días introduce la reunión debe traer algún castigo.

Hacen méritos los quejosos de que me retiré a la feligresía de Santiago Ixcuintla. Esto Illmo Sór es falso. La feligresía de Santiago y la mía están separadas de una manera muy natural y conocida, pues la línea divisoria es el río de San Pedro y el Pueblo de San Juan está al Norte de dicho río y Santiago a la frente del sust. San Juan así como San Diego y Santa Fe fueron pertenecientes a las misiones de nayari, y desde que estos pueblos han quedado abandonados pasada que fue la revolución del año de diez, buscan el auxilio en el pueblo más cercano y lo es Rosamorada, pues San Juan solo dista de cuatro o cinco leguas, como llevo dicho, y los otros puntos un

poco más y así de hecho y por necesidad son de esta feligresía, pues desde mucho tiempo a esta parte los matrimonios y demás auxilios los reciben de aquí y por lo mismo yo quedé en mi feligresía, y si me retiré de la cabecera no fue para negarle los socorros, pues se los ministré, sino por dos razones, la una para que experimentaran algún castigo y la otra para evitar la ocación de nuevos insultos a mi persona. Cuando las cosas se han calmado cuando el Sór Director de Acajoneta ha hablado conmigo y he tenido alguna garantía para conservar el decoro del Párroco, yo he vuelto a la cabecera y me encuentro a ella.

Esto es Illmo Sór lo que con toda verdad ha pasado: bien podrá suceder que me haya escedido en algo, pero mi fin en todo no ha sido otro que el deseo de conservar la dignidad del Párroco.

Didos Ntro. Señor guarde a V.S.I. muchos años.

Curato de Rosamorada, mayo 7 de 1852.

Cosme Santa Anna

Sr. Cura de Rosa Morada. Quedo informado de la comunicación de U fha del pasado a que acompaña el oficio que le dirigió el alcalde de ese lugar en cuya comunicación trata de vindicarse de los cargos que las autoridades de ese mismo lugar hicieron a U ante este gobierno por sus procedimientos tenidos apenas llegado a su beneficio y que justamente llamaron la atención de este mismo gobierno.

Aunque sus comportamientos hayan procedido de su zelo por la integridad de las costumbres y veneración al lugar sagrado; tal espíritu no es honesto ni excusa su modo de obrar en el exterior pues U se arrojó verdaderamente facultades que no tenía como le dijo justamente el Alcalde: a U no correspondía suspender con autoridad propia las diver-

siones que fueron ocasión del escándalo que dió al pueblo; sino representar a la autoridad civil la inmoralidad e inconvenientes de ellas, y en caso de no ser oído elevar su queja al S Gbño para que el desorden se corrigiera por las vías legítimas y ordinarias: orando entre tanto como Pastor para que Dios remediara los males que no estaba en su órbita quitar, pues todo ese influjo en las cosas que no son de su fuero; debe consistir en la palabra, en protestas con constancia y energía contra los abusos, y la experiencia ha probado que exceder estos límites que señala la misma naturaleza del ministerio parroquial acarrea funestas consecuencias dividiendo las autoridades e inquietando al pueblo; más lo que ha ocurrido ahora servirá a U de experiencia para que en lo subsesivo se porte con más prudencia y moderación discerniendo lo que esta en sus atribuciones y facultades de lo que toca a la autoridad civil y atendiendo sobre todo al carácter de suavidad con que debe regirse el pueblo a quien se pone en ocasión de cometer faltas en la persona del Cura. Dios. Guad. Junio 18 de 52."

Me encontré casualmente con este documento, cuando andaba detrás de Manuel Lozada, en una investigación que se acabará quién sabe cuándo. Es de mucho interés en varios aspectos: ilustra los conflictos cotidianos que podían llevar autoridades civiles y eclesiásticas al enfrentamiento, en el siglo pasado y como hoy también; explica cómo la confusión entre los dos reinos y el autoritarismo expansionista de los curas puede engendra el anticlericalismo de los funcionarios y de la élite local, vejada en su poder y en sus intereses materiales. Es también un testimonio precioso sobre el conflicto permanente, tan viejo como la religión, entre la depuración de la fe que quieren llevar a cabo ciertos hombres, sa-

cerdotes o laicos, y la resistencia de tradiciones casi imposible de desarraigar. El conflicto entre Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, y ciertas parroquias de su diócesis que corrieron a los sacerdotes "desfanatizadores" no es diferente del lto que se armó en Rosamorada en 1852. Cincuenta años después, las cosas seguían igual, ya que Julio Pérez González lamentaba en sus *Datos Estadísticos del Territorio de Tepic* (1895) que, alejada Rosamorada de las poblaciones de más consideración del Territorio, "aquellos campesinos habitantes están ávidos de diversiones, y con el fin de procurarse alguna distracción forman bailes públicos, que llaman "Mariaches", con una música rústica, al aire libre; y se entregan con frenético entusiasmo a ese género de entretenimiento, en el que se usaba de las bebidas alcohólicas, y regularmente, el baile se prolonga por dos o tres días consecutivos; y de allí, además de los que quedan heridos o maltratados por riñas que siempre se suscitan en aquellas reuniones, resultan muchos enfermos de fiebre, neumonía o disentería, que son allí las enfermedades reinantes. Por desgracia esas costumbres son generales en todas las poblaciones pequeñas y rancherías de la costa relacionada; y el recurso más eficaz que hay para la morigeración de las costumbres, es la emulación, por medio de la inmigración de gente moralizadora que se mezcle con los habitantes de aquella comarca".

Por fin, nuestro documento permite hacer caminar la discusión sobre el vocablo "mariachi". La versión turística más difundida según la cual procede de la palabra francesa "mariage" (boda), en tiempo de la Intervención, es buena broma, y nada más. De don Nacho Dávila Garibi (1888-1981) hasta Pedro Castillo (1973, *Santiago Ixcuintla, cuna del mariachi*),

no faltan los defensores del carácter americano de la palabra. Los patriotismos locales han vuelto apasionada la discusión ¿será de Tecalitlán, de Cocula o de Santiago Ixcuintla el mariachi? Se pelea el vocablo, desde luego, no el conjunto musical promovido tan exitosamente por Jalisco. Dávila Garibi, quiere a toda fuerza que el vocablo mariachi sea "coca" y que esa "música típica, bulliciosa y alegre" haya tenido su cuna en Cocula, Zacoalco y otras poblaciones que en lo antiguo formaron parte de la nación coca".

El maestro Pedro Castillo Romero parece tener razón, según Don José Ramírez Flores, al escribir: "la palabra mariache o mariachi se deriva de la lengua pinutl, lengua hermana del cora, que significa tarima, entablado, estrado o suelo movable." Tiene su origen en un árbol del noroeste, de la familia de las acacias de donde se hacían las tarimas para los bailes.²

Don José siempre se ha manifestado incrédulo sobre la autenticidad de los vocablos que se nos daban de la lengua llamada coca; pero puede reconciliar el sur de Jalisco con Nayarit: relaciona de manera convincente en sus estudios a pueblos coras de Nayarit con la región de los excantones de Sayula y Autlán, y encuentra una posible presencia del cora en Jalisco, "hablado con el nombre de 'pinome', o 'pinul' o 'pinonuca' y esta misma dicen que es la de los coras y coanos y Vaincinitecas" (citando al P. Ponce).

De todos modos, ya tenemos un testimonio anterior a los años de la Intervención francesa.³ Tiene peso científico, aunque no le pueda quitar fuerza a la leyenda. Terminaremos dándole la palabra a Enrique Barrios de los Ríos, en su hermosa obra *Paisaje de Occidente* (1908); ya verán que los fandangos que horrorizaban al pobre P. Santa Anna no aflojaban, y

que la famosa "tarima" (mariachi) era el centro de la fiesta. Don Enrique nos habla de Santiago Ixcuintla (como Pedro Castillo) y nuestro documento es de Rosamorada. Eso no tiene la menor importancia, se trata de dos pueblos vecinos y hermanos.

"Anímase varios días con el bullicio de la feria y la fiesta patriótica anuales, que atraen á la población de los lugres comarcanos, y en la primera la invade, venida de tierras lejanas, una bandada de buhoneros, tahures, mujeres de la vida, que van a halconear, mendigos y gardsños que meten en cuidado por relojes, mascadas y portamonedas.

Pasa el pueblo la mañana de los días de feria, en las lides de gallos, en las que hay orquesta, cantadoras de valeses, polkas, danzas, y bailarines de can-can y jarabe, desfiguradas por el enjalbliego de blanquete en cara, cuello y brazos, con mayos en el tocado, nagiilla corta de gasa, medias hasta el muslo y botines blancos; y hacer piruetas bajo el tinglado de palmeras, sobre la arena del reñidero, donde corrió la sangre, se esparcieron las plumas de valientes y encoaginatedos gladiadores y cayeron exámenes los vencidos.

Antes del espectáculo, recorre las calles céntricas la música, al son de la cual van las cantarinas entonando valeses, polkas, danzas. Siguen las dos portadoras cada uno de un gallo que llevan mostrándole al público, y entre ambos portaestandartes, un portafuegos arroja al aire atronadores cohetes.

La tarde es consumida en el ancho coso, año por año levantando de estípites de palmera, sombrados los palcos de hojosas ramas. Es la función clásica, la que anima la feria. Allí se entusiasma y se enfurece el pueblo; grita, silba, aplaude, abandonado el supremo goce de aquella lidia obstinada y cruenta.

Los toros son anunciados desde la víspera, por la tarde, y todo el día de la corrida, desde la madrugada,

con un tambor y una chirimía á dúo por las calles. Al ronco redoblar del uno, silba ladinamente la otra, con son triste y monótono, que me hace recordar las antiguas procesiones de Semana Santa, que habla en la parroquia de Jesús, en Zacatecas.

La noche está consagrada al juego, al vino y al amor.

En torno al jardín de la plaza principal se levantan tiendas de campaña, y dentro de éstas se suspenden lampiones; se arman poyatas, anaquelertas y mostradores; se colocan mesas y sillas. En una calle cubren el pavimento de guijarros las frutas y hortalizas; en otro, las pescaderías, en una tercera se alinean, en doble fila, numerosos tabancos, abastecidos de fiambres y fritangas, y entre una y otra tienda hay un mariachi. Es éste una tarima de pie y medio de alto, dos varas de longitud y una de anchura, donde toda la noche, y aún de día, se bailan alegres jarabes al son de arpa, ó de violín y vihuela, ó de violín, redoblante, platillos y tambora, en cuarteto aturdidor. Bailan hasta cuatro personas á la vez en cada tarima, y resuena por plaza y calles circunvecinas el estruendoso tableteado del atronador jarabe. Acompañanle á veces de canciones, y con tanta destreza le bailan algunos campesinos, que colocan sobre su cabeza un vaso colmado de aguardiente ó una botella destapada y llena de licor, y no se les caen, ni se derrama una sola gota, en las vueltas vertiginosas y otros movimientos rapidísimos del baile. Rodeados están los mariachis de una multitud agradablemente entretenida y absorta en aquel bailar regocijado y ruidoso.

Hombres y mujeres de los pueblos, de las cortijadas, pasean por el jardín desde el obscurecer; se aglomeran, se oprimen, se empujan fuertemente, y en los ángulos del andén forman masas compactas, difíciles de contener y atravesar. Con la muchedumbre aumenta el calor en medio de la humedad de la noche; todos transpiran en abundan-

cia; se siente—cálido el aire, y una tufarada picante y hedentina.

Aquellas oleadas de pueblo, aquel ruido de feria, aquella alegría de fiesta van creciendo al paso que la noche avanza.

Bajo las iluminadas tiendas de las timbirimbas se agrupa una multitud ávida de las emociones de la apuesta, y más ávida del dinero apostado, y en silencio ve correr el albur, hasta contiene la respiración. Levántanse en las puntas de los pies los concurrentes que se han quedado atrás, mete en la cara entre las cabezas de los de adelante, y cuando el silencio es más profundo y la espectación más viva, un murmullo sigue á la aparición de la carta deseada por unos, temida por otros. Se distribuyen montones de pesos entre los gananciosos, por la fortuna socorridos, y se recogen las apuestas perdidas. Vense entonces semblantes alegres, y otros melancólicos; gente preocupada y pensativa; caras de alucinados, de desengañados y de arruinados.

Los beodos y los moceros están en las cantinas, requebrando á las escanciadoras, á las cantatrices, á las bailarinas de jarabe, rasgueando las vihuelas; cantando en coros discordantes; bailando en las tablas; bebiendo, bebiendo, pasando la noche en pública orgía.

A los sonos de las murgas y de los organillos, al estruendo de los bailes se unen las voces de los que cantan, de los que venden, de los que juegan, el rumor de la multitud que pasea, y confundida tanta variedad de sonidos, se oye en las oscuras y solitarias calles distantes, como un solo grito lejano de loca alegría.

En la calle de los tabancos hay en el centro una hilera de numerosidad de mujeres sentadas en frente de sus braceros, donde sobre el comal hierven los lardos y se aderezan las enchiladas. Atrás, junto al soportal, se pone otra hilera de mesas con tazas, pan, lechugas, butifarras, aves desplumadas, piernas de venado; y sentado á las mesas ó en torno de los braceros, el pueblo bebe leche, café,

atole, ó en voraces dentelladas y afanoso mandibuleo engulle ciervos, pavos, gallinas, tocino, mal cocinado y enormes trozos de ternera. Chillan las fritadas, y se difunde en toda esa calle, y el soportal inmediato aquel olor de embutidos y botaguñas.

Toda la noche se come, todo el pueblo cena, se ahita y se da fuerzas para una embriaguez hasta la amanecida.

La víspera de la Ascensión del Señor, principal día de la feria, afluje mayor número de visitantes; se despueblan los lugares circunvecinos, y la gente no cabe en la villa. Los mesones, atectados de forasteros, no dan lugar á nuevos huéspedes; las fondas no tienen para alimentarlos; presto quedan desmantelados los tabancos, sin satisfacer á su parroquia. En los pórticos y soportales no hay dónde poner un pie, sino sobre otro de persona sentada ó que pasa; en el jardín apenas si puede moverse aquella masa de seres humanos que pasea; las calles adyacentes son estrechas para la irrupción del gentío que empuja y arroja á los tomajones, jugadores y curiosos de que están rodeadas las mesas de ruletas, licores y refrescos; el ancho atrio del templo cubierto está de seres humanos, sentados ó acostados.

Inmensa muchedumbre se agita toda la noche en la plaza y en torno del templo.

En el atrio se eleva altísimo castillo de pólvora, cuyo incendio mantiene á la multitud en expectación hasta la mitad de la noche. Los corredores de fuego se suceden de la torre á la casa municipal, las cámaras dejan oír á largos intervalos su ronco trueno como de cañón, y los cohetes hienden el espacio y traquean en las alturas, ó se deshacen en estrellas titilantes de colores, en el fondo del espacio obscurecido, y caen á manera de bólidos.

En mitad de la noche se incendia el castillo; se llena de resplandores, formados por las girándulas en sus rápidas vueltas; se cubre de estrello-

nes blancos, dorados, azules, rojos, violáceos; se deshace en áureo polvo; chirría al despedir el aire comprimido entre sus bombas, y se corona de rayos, despidiendo cohetes que centellean entre las altas sombras y atruenan las alturas en el silencio de la noche. La torre el templo se recorta en las tinieblas del espacio, iluminada de brillantes colores por las luces policromas del castillo. En torno á éste se difunden sus vívidas claridades, sus radiantes fulgores, dejándose ver las mil caras que le contemplan, rojizas, azuladas, verdosas, y distinguimos entre la multitud á personas conocidas, amebelándose en aquella quemazón lúcida, preñada de colores, de llamas, de chispas, de truenos y de nubes luminosas.

Parte del pueblo duerme en el atrio, en el jardín, en los pórticos, en las calles inmediatas; sobre las mantas donde se tiende el pescado, al pie de los sacos donde se le guarda; sobre las mesas desnudas los chucuelos, y debajo de éstas los adultos. Familias completas están apiñadas, hechas racimos, mientras otra parte del pueblo, la más numerosa, prosigue en los juegos, se pasea en el jardín, bebe y baila hasta el nuevo día.

Las comparsas de indios, venidas de las cercanías, á la puerta de la iglesia empiezan desde el amanecer del día de la Ascensión, su acompasado y simétrico danzar, al son de violines gemebundos.

Entarascados los matachines con su gaitería, llevan en la cabeza un plumero reluciente de espejillos, almilla morada, nagüilla corta con lentejuela, cuentas, cascabeles y otros pelitriques, media rosada ó blanca y cendales nuevos. Al hombro, gran cascada de vivos colores y negra y larga cabellera; a la espalda la aljaba, y en las manos sonaja, arco y flecha.

Dispuestos en dos filas para danzar, suenan los violines con notas lastimeras, como llanto, como súplica llorosa, y empiezan los ordenados movimientos, las acompasadas evo-

luciones, con las que trazan mil figuras, acompañando el son triste é igual de los instrumentos con el de los pies y las sonajas. En mitad de la danza despiden alaridos, se hincan de rodillas, se tiran de bruces, levantan las manos al cielo en vueltas y saltos; apauntan con las flechas y hacen además de dispararlas; se cruzan, y, se rodea de ellos el viejo enmascarado con una carantamaula de cretino, el monarca de lengua cabellera cana, director de aquella comparsa emplumada, crinada y vestida de todos colores.

Pasadas las misas, se estaciona el baile en el interior del templo, en donde las comparsas penetran danzando.

Ese día el furor de la feria llega á su último límite, el entusiasmo á su más alto grado: la bacanal del día es igual á la de la noche, no cesan el baile, el juego, la embriaguez, el pa-

seo de tumultuoso concurso en los pórticos y la plaza.

Después de la Ascensión va decayendo la feria; empieza á dispersarse la muchedumbre y el domingo siguiente concluye todo; el lunes vuelve á su antigua soledad y quietud la villa". (p. 42-48)

NOTAS

¹ El subrayado es mio. J.M.

² Pedro Castillo p. 182.

³ *Lenguas indígenas de Jalisco*, Guadalajara 1980, (cocas pp 21-33, pinome 61-65).

⁴ Jerónimo del Terruño "la palabra Mariachi", *Diorama de la Cultura* (Excelsior) 5 de julio de 1981, p. 12, pedía se buscara un documento anterior a 1860-1870, para fundamentar la tesis autóctona. Dicho, hecho. <

[VUELTA NÚM. 59, 1981]

Carta de Sevilla SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

DAMIÁN BAYÓN



Escribo antes de olvidarme de la delirante semana que me tocó vivir a mediados de abril de 1992. Empezó por Granada, adonde me invitaron a la inauguración —por el rey en persona— de un Instituto de América creado en la ciudad de Santa Fe, a dos leguas escasas del último baluarte árabe de la Península. La fundaron los Reyes Católicos y fue allí mismo donde el 17 de abril de hace quinientos años firmaron las *Capitulaciones* con Cristóbal Colón, las cuales llevarían al encuentro fortuito de nuestra América. De los tres centros de

que consta ese instituto tengo yo que ver con el consagrado al arte latinoamericano contemporáneo: edificio flamante que se estrenó con una excelente exposición que mostraba obras de los tres grandes muralistas mexicanos, Frida Kahlo, Tamayo, Toledo, más las de los uruguayos Torres-García, Barradas, Gamarra, el chileno Matta, el cubano Lam, los venezolanos Soto y Cruz-Diez, y —en fin— de los argentinos Seguí y Le Parc.

En Granada ¿cómo no ir a ver *Al Andalus*, la exposición de arte musulmán en la Alhambra, la misma que irá luego al Metro-

politan de Nueva York? Protestas hubo: los turistas de este año verán una Alhambra con algunas ventanas tapiadas, puesto que ciertas de sus famosas salas encerraban los tesoros que será difícil volver a ver reunidos. Con todo, tal vez la misma muestra tome allí un carácter menos emocional pero más completo en Nueva York, dado que la sección árabe del Metropolitan posee alfombras, muebles, vidrios que en Granada no abundaban. Ya que el énfasis estaba allí dado sobre todo en armas, estandartes, cerámicas, marfiles, libros —el Corán en suntuosas encuadernaciones— junto con esas proezas caligráficas que aparte de lo que significan constituyen, de por sí, obras maestras de la pura línea.

Contrastes de este año fundamental para España: tres días después, un par de exdiscípulos míos, licenciados en historia del arte, me llevaban por una nueva autopista de 250 kms a Sevilla, donde todos ardíamos en deseos de ver la EXPO 92. Otras tres jornadas me tomará visitar —sólo en parte— ese gigantesco conglomerado de 215 hectáreas con infinidad de pabellones, entre meramente pintorescos (los efímeros que serán demolidos más tarde) y los definitivos que, en general, utilizará la Universidad Hispalense.

Reconozco que he ido más que nada para tratar de tener una idea de conjunto de la arquitectura contemporánea a escala mundial. Para mi satisfacción no he encontrado ni una sola construcción importante en "estilo posmoderno". Empiezo por lo positivo y más visible: los dos admirables nuevos puentes que franquean el Guadalquivir no serían raro que pasaran a la historia. Como provocación escribí un día que el monumento arquitectónico del siglo XIX... fue obra de ingeniero: